

EL RECUERDO

SEMANARIO DE LITERATURA Y VARIEDADES.

Redactores.—D. Heraclio C. Fajardo.—Dr. D. Fermin Ferreira y Artigas.—D. Juan B. Go-mar.—D. Plácido Douclai.

Colaboradores.—Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes.—D. Nicolas A. Calvo.—D. Domingo F. Sarmiento.—D. Palemon Huergo.—Dr. D. Luis Otero.—D. Héctor Varela.—D. Anjel J. Blanco. Dr. D. Juan Carlos Gomez.—D. Carlos Augusto Fajardo.—D. Juan José Soto.

CERTAMEN LITERARIO.

En el número anterior hicimos algunas breves consideraciones acerca de la oportunidad de un certámen literario, con motivo de las fiestas mayas en el presente año. Dijimos que Buenos Aires, en el estado de cultura en que se halla y contando con una juventud inteligente y avara de estímulo, debía habérselo dado ya en esos actos de inapreciable importancia para el progreso de las letras, y que responden tan bien de la ilustracion de los pueblos. Exhortamos la autoridad á que dispusiera uno como el mas digno medio de solemnizar el mayor aniversario de nuestra historia; y prometimos, finalmente, dar en este número una idea del que tuvo lugar en Montevideo, en 1841, y en que brillaron los nombres de Gutiérrez, Dominguez y Mármol.

La narracion que á continuacion insertamos, tomada del folleto en que se recopilaron las poesías que concurrieron al certámen, llenará nuestra promesa y no podrá menos que

Narracion del acto del 25, en el Coliseo.

Aun cuando el Señor Antuña no se hubiese señalado por otros actos recomendables, en el empleo que desempeña, sino por su decreto del 6 de Mayo, este solo pensamiento haria digna de recuerdo su administracion de Policia por mucho tiempo.

El *Nacional* del 8 de Mayo, aprecia la idea del Certámen poético, en un artículo digno de releerse. Transcribiremos de él estas líneas: "Hoy se establece un premio al númen poético, y vendrán años en que se destinarán tantos premios como virtudes y talentos prominentes se vean descollar; los habrá para la

interesar y despertar en la poblacion de Buenos Aires el deseo vivísimo de presenciar actos idénticos, cuya sola idea enternece y entusiasma.

Nada se opone á la satisfaccion de este deseo, toda vez que la autoridad quiera mostrarse á la altura de la ilustracion del pueblo, y llenar sus exigencias.

Dispóngase, pues, el certámen que indicamos para el próximo 25 de Mayo, y que al menos los manes de los que nos emanciparon del dominio de la España, oigan un cántico en loor de ese gigante pensamiento, que háse ulteriormente amenguado y casi esterilizado por miserias de pigmeos!...

Que la juventud, la generacion pura de error y esperanza futura de la patria, ponga en sus aras una ovacion promisoria de frutos intelectuales, que la darán bien estar, magnificencia y grandeza!

Hé aquí la narracion á que aludimos:

elocuencia, para la ciencia, para la industria, para la labranza... para el que haya inventado ó introducido primero un instrumento de agricultura capaz de influir en la mejora de este importante ramo."

Tal es la latitud que el tiempo puede dar á la idea del Certámen de este año.

En cuanto al influjo que estos premios ejercen en el progreso de la inteligencia, el artículo citado trae estas palabras no menos recomendables. "A los juegos olímpicos, á los *floreales*, á los premios de las sociedades académicas europeas, literarias y científicas, la

ciencia debe sus mas bellos adelantos, y el entendimiento humano esos espléndidos monumentos de génio, que endulzan nuestras horas, que mejoran nuestros corazones, que enaltecen nuestro espíritu, y que le prueban su origen divino, su porvenir inmortal.”

Al individuo que presente la mejor composicion poética, en celebracion de la revolucion de Mayo, de los obstáculos que tuvo que vencer y de los beneficios que ha producido al continente Sud Americano, es ofrecido el premio, que deberá consistir, en una medalla de oro, que en su anverso tendrá: REPÚBLICA ORIENTAL—25 DE MAYO DE 1841—entre dos ramos de laurel; y en su reverso—AL MÉRITO POÉTICO—entre una orla de siempre viva y rosa.

Los fundamentos y miras del Decreto del 6 de Mayo, hacen honor al patriotismo y cultura de la autoridad de que emana; son—el estímulo del estudio, el fomento de las bellas letras, la riqueza de la literatura nacional y el homenaje debido á los grandes hombres de la REVOLUCION.

Cinco individuos son nombrados el 18 de Mayo, para formar la Comision que deberá clasificar las composiciones concurrentes al Certámen. Resultan electos los señores D. Francisco Araucho, D. Manuel Herrera, D. Florencio Varela, D. J. Andres Gelly y D. Cándido Juanicó.

Catorce dias se da de plazo á los poetas concurrentes, para la redacion de sus obras. El 21 pone la Policía en manos de la Comision clasificadora, once piezas recogidas del buzón del Correo, en las cuales va inclusa una sátira torpe contra la idea del Certámen.

Desde el 21 hasta el 25, tiene la Comision para el exámen de las composiciones, en cuyo término “adjudicará el premio á la que *ademas* de tener un mérito real aventaje á las otras; haciendo mencion especial y honorífica de otra ú otras si lo merecen.”

Aun no ha llegado el 25, y ya circulan que cuatro son las obras señaladas, y las demas escludidas de toda mencion. La ansiedad de los jóvenes concurrentes es excesiva, la curiosidad pública se aumenta de mas en mas.

Un cartel debe aparecer el 25, á las 9 de la mañana, avisando, por la manifestacion del lema distintivo, cual composicion ha merecido la medalla de honor, y cuales han obtenido so-

lo mencion distinguida: en él será llamado el autor á dar su nombre.

Son las 9 del dia esperado, y apesar de que á esa hora son teatro nuestras aguas de una escena sangrienta que absorbe la curiosidad de la poblacion de Montevideo, no falta quienes se encaminen á buscar el cartel fatídico, en las puertas del Teatro.

El cartel está allí, y anuncia el resultado contenido en el Informe de la Comision.

Hasta la una del dia, ni el poeta laureado ni los distinguidos aparecen á dar sus nombres. A esa hora se abren las puertas del teatro; y en menos de 15 minutos, los palcos y lunetas se cubren de casi todo lo que Montevideo encierra de gentes distinguidas de los dos sexos.

Una banda de músicos se instala en el lugar de la orquesta. En el proscenio hay una mesa y tras de ella siete sillas.—Los individuos de la Comision aparecen, y ocupan cinco.—Su presidente, el Sr. D. Francisco Araucho, manda leer el informe de la Comision, y el Sr. Herrera, secretario, hace la lectura. La atencion es suma por una lectura que va á revelar los fundamentos de una clasificacion que no se esperaba. Al llegar á la aplicacion de las consideraciones generales que ocupan la primera mitad, se interrumpe el Informe para dar lugar á la lectura de la composicion laureada. Se encarga de su desempeño el Sr. Juanicó. La figura interesante de este joven, su voz sonora y conmovida, su inteligencia perfecta del desigño del poeta, su accion distinguida y mesurada, dan á su lectura un realce maravilloso, y es interrumpida, en cada idea brillante, es decir á cada paso, por aplausos ruidosos y exaltados.

Hecha la lectura de esta pieza, el Sr. Presidente declara que no se conoce al autor, y le invita á comparecer, si se encuentra presente. Los ojos se dirijen hácia atrás.—Una figura joven se pone de pié, y un aplauso general saluda al noble cantor de las glorias Americanas. Atraviesa la platea y sube al proscenio entre aplausos; acredita la identidad de su persona, y preguntado por su nombre, contesta llamarse—*Juan María Gutierrez*. El presidente pone en sus manos la medalla de oro, con esta alocucion.—“Hé aquí el lauro consagrado por el patriotismo, al sublime cantor del gran dia de América. Os habeis hecho por

vuestro noble ingenio, digno de él y del común aplauso.”—Esta alocucion es contestada por el Sr. Gutierrez en los siguientes términos—“Señor, la mas alta poesía, no es tan elo—cuente como este acto, para demostrar los “progresos morales debidos al gran pensa—miento de Mayo.—Yo acepto, señor, este “premio con reconocimiento; y donde quiera “que me arroje la ola de la revolucion de mi “patria, allí lo mostraré para probar que en la “República Oriental del Uruguay, han echado “raíces la civilizacion y el amor á la libertad.”

El poeta victorioso toma asiento al lado de la Comision, entre los aplausos y la música que resuenan en su honor; y por muchos minutos es el objeto de todas las miradas.

En seguida el informe anuncia como *siguiendo de cerca y rivalizando casi* el mérito de la precedente, la que ha llevado el *accessit*. La alta recomendacion que el Informe anticipa de esta obra, hace esperar su lectura con impaciencia: se preparan aplausos como los anteriores: se encarga de ella el Sr. Gelly.—El público tiene aquí el disgusto de encontrarse de distinto parecer que la Comision: solo concede dos aplausos á la obra con tanto aprecio anunciada. Se llama el autor; y se presenta un jóven que sube al proscenio con menos pompa que su predecesor. Justifica ser autor de la obra, y preguntado por su nombre dá el de *Luis Dominguez*, que es escuchado con aplauso. El presidente pone en sus manos como *prueba de aprecio por su obra* un volumen de las poesías de Espronceda, con esta alocucion dicha con voz entera y sonora.—“Hijo de Apolo! supisteis alcanzar dignamente la gloria de este dia. Recibid la expresion modesta que os ofrecemos á nombre de los libros.” A lo cual contesta el Sr. Dominguez, poco mas ó menos, con las palabras siguientes—“Yo no encontraria palabras para expresar la emocion que me causa el honor con “que me habeis distinguido. . . . Pero no puedo menos que aprovechar este momento, para felicitar á la República Oriental, porque “ella ha sido la primera que ha sabido celebrar el gran dia de la Patria, de un modo “digno de la altura de sus héroes, y de la grandeza de sus hazañas.”

Música y aplausos suceden á esta alocucion; y el poeta premiado se sienta á la derecha de los SS. de la Comision.

Dos piezas se anuncian en seguida como dignas de recomendacion especial, aunque incomparables en mérito, en el sentir del Informe, no solo á la del lauro, sino tambien á la del *accessit*. De las dos, la primera es la que lleva el epigrafe de Byron. El informe presenta esta pieza como una prueba práctica de la importancia suprema de las condiciones mecánicas y materiales del arte, y remite la contra prueba de su asercion á la lectura de la pieza misma. Se encarga de ella el Sr. Varela; el elocuente lector se olvida de que está enfermo, y reproduce la obra distinguida con un poder de entonacion y de acento, cual si se viese en la plenitud de su salud. Nuevo conflicto aquí entre el sentir de la Comision y el sentir del público. La esperiencia resulta desgraciada; y las violaciones de arte mecánico, que habian forzado á la obra á *flaquear* ante el *criterium* del informe, no la estorban que ante el *criterium* del público, se tenga tan erguida y brillante como las precedentes. Las mas de las estrofas arrancan aplausos; y la emocion pública llega hasta el estremo en la de la pintura de la lucha Americana. El Sr. presidente llama al autor: el autor tarda en aparecer.

La curiosidad se multiplica en razon de la tardanza.—Aparece, en fin, y sube al proscenio en medio de las demostraciones de simpatia general. Acredita su identidad de autor, y preguntado por su nombre, responde llamarse—*José Marmol*. Nuevos aplausos saludan al jóven poeta, y toma asiento entre los ecos de la música que festeja su victoria realmente *popular*.

Aquí tiene lugar un incidente que es digno de mencion. El Sr. Dominguez interpreta la demora del poeta desconocido, por la falta de un asiento en el proscenio; y, poco confiado en la justicia del *accessit* que tenia de la Comision, con respecto al que el público acababa de discernir á su sucesor, se levanta y dice estas palabras:—“Si falta un asiento, aquí está el mio; si falta un premio, aquí está este.” Esta ocurrencia provoca un aplauso y el Sr. Varela abraza tiernamente al modesto poeta.

Viene luego la segunda pieza distinguida, que el informe coloca en cuarto rango, á pesar de que reúne todas las condiciones mecánicas que faltan á la anterior para colocarse en mejor escala. El señor secretario, á quien se encomienda su lectura, consigue llevarla á cabo

sin ser interrumpido por los aplausos mas que una vez, y el Informe reivindica (ante el público) con esta clasificacion la seguridad de su criterio comprometido por las dos precedentes. Se convoca á comparecer al autor; y el que lo es de millares de versos graciosos y elegantes, desdeñando la propiedad de unos pocos redactados con lijereza, rehusa su presencia en el lugar de la victoria.

El Sr. Presidente declara cerrado el acto

del Certámen, y las damas abandonan el Coliseo al son de la música, y los vencedores se retiran mezclados con ellas, recojiendo sus caricias que son tambien un lauro de oro y sus miradas de interés que son mas que un *accessit*. Y todo ese dia, en las calles, en el teatro, en todas partes sorprenden demostraciones que los señalan diciendo:

—Aquel es uno de los vencedores en el Certámen de Mayo.

JUAN B. ALBERDI.

ADIOS

Sobre la tumba de la señorita Cristina Ubanue.

(IMPROVISACION)

Tambien sobre tu frente candorosa,
Que la muerte azotó con negras alas,
Viene á poner mi mano temblorosa
Corona orlada de funéreas galas.

Vengo á darte, pobre ángel de la tierra,
Que en vuelo presuroso huiste al cielo,
El tributo de amargo desconsuelo,
Hoy que la tumba sobre tí se cierra.

Es el llanto que triste el alma vierte,
El ataud regando, al pié tu fosa,
Cuando, para JAMAS volver á verte,
Eterno adios te envia quejumbrosa.

Es el llanto de amigo dolorido
Que, de tus padres asociado al eco,
¡Adios!! te dice en lúgubre gemido
Que aquí se pierde en tu sepulcro hueco.

¡Nó... no le oyes tú ya, pobre criatura
Al maternal cariño así robada...!!
Tu hermoso cuerpo descendió á la nada,
Y el ánima inmortal voló á su altura.

Mas, quizá desde el cielo en que ya moras,
Dirijes tu mirada al triste suelo,
Y, al ver nuestra congoja, á Dios imploras
Nos cubra con su manto de consuelo.

Sí... ruégale, haces bien: tu infeliz madre
Riega con lloro tu desierto lecho,
Y, de sollozos oprimido el pecho,
Respira apenas tu angustiado padre.

Chascomus, Enero 10 de 1856.

Mira al redor de tu cadáver frio
Cien rostros macilentos, abatidos,
Exhalar su dolor en mil gemidos,
Eco haciendo al dolor del pecho mio.

¡Lloran tu juventud hoy malograda,
Cuyas gracias, cruel, la muerte trunca,
Bella niña, á su amor arrebatada,
Sin esperanza de mirarte nunca...!!!

¡Lloran...! Mas ¡por qué llorar,
Si á mundo mejor volaste,
Y de esta tierra dejaste
El contínuo padecer...!

¡Lloramos porque te fuiste
Del Señor al seno santo,
Y en este valle de llanto
No vuelves á aparecer...!!

¡No...! cese el amargo lloro
Que á Dios ultraja y ofende:
El que á la tumba descendiendo
Huye por siempre al sufrir—

Que, en el mundo en que vivimos,
Solo hay acerba amargura;
Y es gozar paz y ventura
Cual tú, al Empíreo subir.

M. GARCIA FERNANDEZ.

TEATRO DRAMÁTICO.

Adriana.—El hombre de mundo.

El mal tiempo ocasionó la transferencia de *Adriana* por la campaña del principal para el martes de la semana pasada. En esto la empresa de aquel teatro dió á sus abonados y concurrencia en general, una prueba de atencion y deferencia que le hace honor; porque teniendo el domingo todas sus aposentaduras vendidas, pudo muy bien haber dado la funcion aquel dia á despecho del mal tiempo, que no arredró á la del *Argentino*.

El martes, pues, vimos en escena la grandiosa concepcion de *Scribe* con una esplendidez y éxito que harían honor al gran teatro frances. El lujo real y la variedad de trajes que estrenaron los artistas esa noche, mereció general aprobacion manifestada por repetidos aplausos del auditorio.

Con respecto á la ejecucion, qué diremos que corresponda?... Ante esta consideracion cáesenos la pluma de la mano, pues nos sentimos impotentes para trazar un digno elógió. ¿Quién no convendrá en que es necesario haber asistido á ella, para poder hacer una apreciacion exacta de la ejecucion de *Adriana*?

Mariana Segura, la escelente *Mariana Segura* ¿no nos mostró á una verdadera princesa del siglo pasado? ¿Qué faltaba á la elegante aristocracia de su porte? ¿qué á la dignidad de su lenguaje, y hasta á la malvadez dorada de su espíritu?

Carolina Duclos, la linda *Carolina Duclos* ¿no nos dejó apreciar á toda una duquesita seductora de ese reinado en que la moda llevó á la muger francesa el mayor realce á sus hechizos naturales?

¿Y *Matilde*?... ¡Ah! no debiéramos decir una sola palabra de esta artista, so pena de agraviar las impresiones que aun bullen en nuestro espíritu al recordarla en el papel de *Adriana*.

Adriana Lecouveau, la eminente actriz, la digna competidora de la *Duclos* del siglo diez y ocho, por una rara coincidencia, ha venido ha tener su mejor intérprete en la *Duclos* del siglo diez y nueve; aquellas dos grandes artistas se refundieron en una sola simbo-

lizada por esta última; ángel de la concordia en la escena!...

El amor, en toda su ingenuidad, en toda su vehemencia apasionada resaltó en ella por el disfrazado conde de Sajonia. ¿Qué corazon no palpitaba ante la manifestacion de aquel cariño sin límites, de aquel corazon tiernamente enamorado?...

Despues, los celos, esa pasion que engecece, que labra la perdicion de la infeliz *Adriana*, palpitó en la mirada, el ademan, el acento de *Matilde* de un modo extraordinario, sobre todo en la grandiosa escena del cuarto acto. Parecía imposible que su astuta rival no succumbiera al peso de la alusion abrumadora de la artista.

Por último, aquella escena final, aquellos sollozos de amargura, las íntimas caricias que prodigaba á aquellas flores fatales, aquella muerte pausada y pavorosa que va tomando posesion de ella gradual y progresivamente, aquellos escalofríos, aquellas horribles crispaciones, y en fin, aquel parasismo precursor del cese de la existencia; aquella agonía desgarradora, lacerante... Oh! paralizaba nuestros miembros, nos ahogaba la voz en la garganta, transtornaba nuestra cabeza y oscurecía nuestra vista con lágrimas que el corazon ménos sensible derramaba aquella noche.

¡Triunfos del arte... glorias de la escena! Sí! terminábais para la pobre *Adriana*; pero al mismo tiempo empezábais á lucir sobre la frente de otra artista; *Matilde Duclos* fué vuestra favorita aquella noche.

Ortiz y Garcia se desempeñaron á no poder desearse mas de sus interesantes papeles. Bien nos probó el primero en la elegancia de su porte, en el lujo de su traje, que era capaz de enamorar perdidamente á mas de una princesa y una artista de corazon como *Adriana*... El segundo, muy en oposicion con lo que dijo la crónica de un diario, desempeñó perfectamente su rol, y arrancó mas de una vez aplausos especiales y muy merecidos.

Jover y Pardiñas estuvieron tambien perfectamente, y costearon la parte considerable

de risa de aquel drama. No nos olvidaremos fácilmente del problema de los cuerpos insolubles, ni de las *¡sesenta páginas de química!* que atormentaban al vizconde.

El cuerpo de comparsas correspondió en el lujo de sus trajes al de los artistas principales. La representación de Adriana—casi inútil es decirlo—no dejó aquella noche el mas leve vacío en el deseo del auditorio.

El teatro estuvo *lleno en toda la estension de la palabra*, y por una lucida concurrencia de ámbos sexos.

Reciba la Empresa del teatro principal nuestras ingenuas aunque tardas felicitaciones por la brillante ejecución de *Adriana*, y esté segura que el público sabrá premiar con una asidua asistencia al coliseo el esmero que pone en complacerle con espectáculos dignos del pueblo mas ilustrado.

El hombre de mundo es una comedia de Ventura de la Vega en que este célebre literato pone de manifiesto sus vastos conocimientos en el teatro y en la sociedad de la época, exhibiendo una de sus faces con un interés y éxito sorprendentes. Los resabios de lo que él llama *hombre de mundo*, y que no es mas que un individuo que despues de haber corrido todas las aventuras amorosas que son hoy el norte de la juventud, toma estado con una hermosa y virtuosa jóven, forman la parte principal del argumento de esta comedia. Los lances accesorios del enredo están preñados de gracia é ingenio y son de lo mas comun en el seno de la sociedad.

El hombre de mundo es en suma una de las mas lindas y bien terminadas comedias de la época.

La compañía del principal ha tenido una ocasion mas de lucir sus sobresalientes talentos en aquel género de la literatura dramática. Matilde Duclos, su dignidad de esposa y su ternura conyugal; Mariana Segura, su candor de inimitable naturalidad, y al mismo tiempo su travesura de niña del siglo en que vivimos; la linda Carolina su gracejo y coquetismo de pisporeta criadilla; Ortiz, sus resabios de hombre de esperiencia en materia de amores; Garcia, oh! Garcia, la mas perfecta naturalidad de un acabado calavera que ni la esposa de su mejor amigo respeta á fin de satisfacer su irresistible inclinacion á hacer *predestinados*; Jover, su peligrosa habilidad de digno criado; y Pardiñas, la candorosa amabilidad del jóven y atolondrado amante, que se pasa dias enteros mirando desde la casa de un vecino los balcones de su amada, á quien no se atreve á visitar temiendo la ojeriza del adusto cuñado. Para estos papeles, no tiene precio Pardiñas.

La ejecución fué digna de la comedia, y ámbas agradaron generalmente como lo probaron repetidos aplausos.

La empresa haría bien en suprimir la repetición de los bailes que ya se han visto una vez.

La petipieza de esa noche era tambien agradable, y estaba de acuerdo con el argumento de la comedia. ¡Pobres maridos!... No os dejan reposar!....

PLÁCIDO DOUCLAI.

Teatro lírico Montevideano.

La compañía Lorini ha abierto de nuevo las puertas del teatro lírico en Montevideo con el éxito mas halagüeño. Hé aquí lo que hallamos en el *Mercurio Uruguayo* sobre la representación de *Ernani*, que tuvo lugar en la noche del 12 del corriente.

Ernani.—Májica palabra que despierta entre nosotros recuerdos de artistas inolvidables.

"Lamentamos no haber asistido el sábado á la exhibición de esta ópera, pero es uniforme y entusiasta la opinion pública sobre el triunfo que ha obtenido la compañía.

"La señora Lorini, Comolli, Cima—la primera sobre todo, arrebatada y arrebatando al

público, fué aplaudida con frenesí y llamada con repetición á la escena, y no sin que las damas de los palcos, en su entusiasmo espontáneo, prorrumpiesen en bravos calorosos.

"Ernani, pues, ha renacido mas jóven, mas vigoroso, mas lleno de novedad que nunca.

"Lujo de decoraciones y de trajes—lluvia de flores y descargas de aplausos, nada se ha omitido para consagrar el lírico triunfo de esa siempre fresca creación de Verdi.

"Como el mal tiempo ha impedido la repetición de la ópera, esperamos que esta tenga lugar para dar á nuestros lectores noticia de nuestras impresiones."

LAS RIVALES

(Continuacion—Véase páj. 95.)

Lorenzo iba á contestar con la sinceridad que le distinguia, cuando un criado anunció la llegada de una persona que con urgencia pedia hablar á su padre. Salió este y al poco rato volvió á entrar donde estaba su hijo.

—Lorenzo, le dijo, un asunto importante, y cuyo secreto no es unicamente mio, me prescribe partir ahora mismo á algunas leguas de esta ciudad. Dentro de diez dias nos abrazaremos aquí otra vez para ya no separarnos; y entretanto esta habitacion es tuya.

—Me prometéis no escederos de ese plazo?

—Lo he fijado con largueza.

Lorenzo abrazó á su padre. Sin saber por que sintió su corazon una impresion estraña y triste; miró á su padre y halló en sus facciones algo de solemne y misterioso.

—Será una ilusion! quedó pensando el jóven.

No habian trascurrido quince minutos cuando un criado entregó una carta para Lorenzo. Abrióla este con ansiedad y leyó estas líneas:

“Montevideo, Setiembre 9 de 1853.

“Lorenzo: si es verdad que me amaste no me dejes morir con una atroz duda. Pero si no por mí, ven por Hada que tambien se muere!

“Ernestina.”

En la noche de ese mismo dia dos embarcaciones se hacian á la vela en la rada de Buenos Aires, con direccion á Montevideo. En la popa de la mas velera iba un jóven de cabellera y ojos negros, cuya mirada, fija en el Oriente, manifestaba que su alma queria salvar el espacio en alas del pensamiento—Era Lorenzo.

Con una hora de diferencia fondearon al dia siguiente aquellas dos embarcaciones en el hermoso puerto de Montevideo.

VIII.

Al tercer dia la fiebre de Hada habia declinado considerablemente. Una languidez profunda sustituía á la exaltacion del delirio.

—Él no me comprende, se decia; él no conoce la idolatria de mi amor, ni el mundo de ilusiones que me arrebata.

Ernestina, alma mas fuerte que la de su angelical rival, no se habia rendido á la vehe-

mencia de su tormento; pero no por eso sufría menos en su glacial y aparente calma. El luto que llevaba desde algun tiempo se habia hecho riguroso y su negro aristocrático trage realzaba la acabada belleza de aquel rostro severo y pálido.

Sin el amor de Lorenzo la vida le era una posesion odiosa: hay almas cuya sensibilidad no comprende el mundo, cuya intensidad de amor quema y mata en breves horas, y separadas ya de la humana forma van á identificarse tal vez con el perfume de la flor, el voluptuoso ambiente de los bosques, ó la embriaguez del aura vespertina. Bajo distintas formas Ernestina y Hada encerraban ese espíritu: raciocinaba una, deliraba la otra, pero ambas morian.

En una de las hermosas quintas que hay hacia la parte del Miguelete se entregaba al sueño la madre de Ernestina, contenta de la tranquilidad y casi alegria que desde algunas horas veia disfrutar á su hija. Eran las once de la noche; brillaba sin una nube el cielo del Plata; la luna acababa de ocultarse en el horizonte, y un fresco ambiente brindaba al alma la fragancia de aquella naturaleza virginal y rica.

Ernestina acababa de leer por la vigésima vez esta carta:

“Juan, nuestro fiel confidente, me ha esperado en el muelle y cumplido su mision.

“¿Si te amo!... ¿Cómo has podido dudarle?”

“No comprendo, te juro, el sufrimiento de Hada. Mi primer paso se habria encaminado hácia ella, supuesto que sufre esa angelical jóven; pero tu sufres tambien, me lo prohibes indirectamente.... quieres que me oculte á todos.... y al traves de tu ansiedad he vislumbrado los celos. Estas celosa!.... Dudarías aun, tú árbitro ídolo de mi corazon, si poseyes mi mano? Estás celosa!.... Oh! yo conozco la atrocidad de la duda. A las once y media iré á verte, y mañana seré tu esposo

“Lorenzo.”

Las manos trémulas de la jóven doblaron esta carta, colocándola entre la fina batista y la morvidez de sus virginales formas. De pié,

conservando una de sus manos sobre el seno, cuyo movimiento agitaba el negro pequin del traje, y fijos sus ojos en un reloj de sobremesa, parecía un ángel de amor y de esperanza creado por el cincel del génio bajo la inspiración de Dios. Algun rumor, quizá el deslizarse de la brisa sobre los árboles, quizá una ilusión de los sentidos, la hizo dirigirse á una pieza contigua y sin luz, desde donde se veía la dormida Montevideo. A favor de la escasa claridad que comunicaba allí, un ojo atento hubiera visto dibujados en los vidrios de una ventana el cuerpo y la cabellera de aquel ángel.

Un carruaje tirado por dos briosos zainos, pasó é internóse en seguida en un monte aislado de durazneros, á dos cuabras distante de la quinta. A una señal del hombre que descendió de él el cochero desprendió y después de colocar el morral á los caballos echóse sobre la yerba.

Transcurrieron algunos minutos. Bajo el embozo de la capa, Lorenzo acababa de ver en su reloj las once y media. Una luz opaca apareció en ese momento en la quinta por la ventana de un balcon, y Lorenzo se adelantó con sigilo hácia ella á favor de la sombra y de la goma de su calzado: dos ricas pistolas habrían burlado la insensatez de cualquier brazo. Al llegar al pié de un naranjero se detuvo un instante; la figura de una muger apareció en los vidrios; Lorenzo se apostó en la sombra del árbol y agitó un pañuelo blanco. Su corazón latía violento al reconocer la régia hermosura de la *cabellera negra*. Desapareció esta y en el momento la escasa luz de la habitación. A un ruido casi imperceptible Lorenzo se aproximó al balcon: la ventana se abría con lentitud, sustituyendo á su pardo color la oscuridad del vacío. Por aquel momento de dicha Lorenzo hubiera creído indemnizada toda una vida de adversidad. Pero aun dudaba; á la presencia de aquella jóven hermosa y púdica, rodeada en las altas horas de la noche del misterio y voluptuosidad de las sombras, silenciosa é inclinada sobre su cabeza, creeríala una mágica aparición si el ruido del traje y la misma voz de Ernestina no le hicieran palpar al fin la realidad.

Lorenzo arrojó algo al balcon que cayó sin ruido; inclinóse la jóven y aseguró á la baranda la estremidad de una escala, bajando la otra hasta el suelo.

Inmediatamente, y casi á la vez que ella, entró Lorenzo en la misma habitación.

IX.

Al dia siguiente regresó Ernestina á Montevideo acompañada de su madre, á quien favorecía en cierto deseo la ausencia de su esposo que por la tarde emprendía un viaje al interior por un mes.

Casi á una misma hora dos hombres recientemente hospedados, el uno en el h6tel de Comercio, el otro en el de Paris, recibieron las siguientes cartas:

"Señor: un deber, doloroso pero sagrado, me liga hoy mas á la necesidad de veros en esta misma noche. Dios sabe, y vos debeis estar cierto al fin, que no agregaré á mi vergüenza un nuevo crimen, violando el juramento hecho despues de aquella hora, en que el infierno os condujo hasta mí para convertir en un horrendo suplicio el tálamo de una jóven pura. La muger ha jurado no volveros á ver; moriría ántes que quebrantar su voto; pero la madre... la madre que ha suicidado su amor y la belleza de la juventud en una vida de reparacion y llanto!... la muger que ha ahogado en su corazon con valor estoico los transportes del sentimiento materno, y no ha muerto al tocar en aparente indiferencia la mano de su hijo!... la madre, únicamente la madre, os llama.

E.

"Mi corazon, mi amor, mi adorado! Anoche me arredraba la osadía de tu idea; hoy la acepto y empiezo á servirla. No sé que secreta voz me impulsa; es mi amor sin duda, es este sentimiento delicioso, ardiente é inextinguible que Dios ha colocado en mi alma: él me inspira el temor de perderte.

"Confíe á ella nuestros deseos... Tiemblo aun al recordar la íntima y estraña emocion que la sobrecoigó. Quedóse alternativamente encendida y pálida; me miró de un modo tan singular!... y luego bajó los ojos como si ni quisiera verme. Pidióme que la dejara sola y un momento despues recibí un papel anegado en su llanto. "No puedes amarle"— es la única frase que me ha escrito.

"Quien te ama y posee tu corazon querido, no concede á otro que á Dios el derecho de pronunciar esa sentencia; ni obedecería otra voz. No es esa frase pues, lo que me decide á adoptar tu idea, porque seria muy cobarde si temblase ante una oposicion cualquiera; es una conviccion que me persuade pero no comprendo, una razon que no sé demostrar pero que existe.

"Ah! media tan corto espacio que no he tenido tiempo de predisponerme á esa felicidad... y tiemblo: correría con mas serenidad un gran peligro.

"Por mi parte queda todo dispuesto ya. Has acostumbrado á elevar mi alma á la altura de la tuya; una vez decidida y cuando la conciencia sonrie, ni presentimientos ni obstáculos me amilanan... solo siento no poderme morir de amor y de alegria... ahora.

"Tuya

E.

CÁRLOS A. FAJARDO.